

# **El asesino no las quiere rubias**

*(Una novela “blanca” de Detectives Privados)*

C. M. Federici

## **17. DRÔLE DE DRAME - PRIMERA PARTE**

**¿Q**UIÉN fue el inspirado de los Dioses que dijo aquello de que “cuando más oscura es la noche, está anunciándose el amanecer”?

La suerte de Juan Carlos Dorteros, detective privado, había dado un súbito vuelco de ciento ochenta grados, como suele decirse: volvía a tener todas las cartas de triunfo entre las manos. (¡Y hasta le habían traído el coche del taller..., como nuevo!).

Era un poco como mirar hacia abajo, al escueto rectángulo azul, no mayor que un naipe, en tanto uno trata de aspirar una buena reserva de aire antes de lanzarse desde el trampolín más alto en clavado mortal... Juan Carlos estaba más que consciente de los riesgos a que se exponía, incluido su descrédito profesional, cuando no una agresión homicida; pero una especie de película de ciega exaltación, venida quién sabe de dónde, le recubría por completo y le acorazaba contra el miedo.

Se le había prorrogado el plazo en un día más, a solicitud suya, a fin de que pudiera completar sus preparativos. Con ello, desde luego, había aumentado la expectación de los otros y, desdichadamente, también su escepticismo, sobre todo en lo que al atrabiliario Callaza se refería.

Todos estaban allí, de acuerdo a las instrucciones oportunamente cursadas por el propio detective privado al comisario y su gente... Inclusive el encantador teniente Mendoza, con su cara de bull-dog con úlcera, y la viuda de Farrazzini, una mujerona angulosa que no paraba de retorcerse las manos. Junto a ella, la presencia tonificante de Virginia Linares, cuyos celestes ojos levantaban el ánimo a cualquiera.

Muy formal en su traje gris y corbata a franjas azuladas (obsequio de Virginia), recién salida del lavadero su aguerrida camisa blanca, Juan Carlos se sabía centro de todas las miradas; circunstancia ésta que, aunque intimidatoria, no dejaba de halagarlo íntimamente. De pie junto a la mesa sobre la que Lucy García abatiera por última vez su cabeza empelucada, observó con atención a los circunstantes... Reinaba un clima de general desasosiego,

constató, lo cual resultaba comprensible, por cuanto él había escogido guardar reserva absoluta acerca de sus designios, hasta el momento mismo de su puesta en práctica.

Aun Virginia Linares estaba tensa; pero eso, con seguridad, obedecía a su ansiedad por cumplir debidamente con la parte que él le había asignado en el desarrollo de su plan. No olvidaba el detective la deuda de gratitud que contrajera con la muchacha por haber ofrendado ella su recatado *charme* en el proceso de persuadir al renuente Callaza en favor suyo... Pero, a pesar de eso, ni siquiera a ella la había puesto al corriente de todo, a despecho de que la participación de la psicóloga en el pequeño drama a representarse habría de ser de suma relevancia.

**T** ENGO que agradecerle a la policía —comenzó diciendo Juan Carlos—, y en especial al comisario Callaza, aquí presente, el haber permitido que esta reconstrucción se lleve a cabo esta noche.

”Casi todos ustedes me conocen ya; pero en el caso de que alguien se preguntase cuál ha sido el motivo de que yo parezca llevar en cierto modo la batuta en esto, debo manifestar que se debe a mis profundos estudios sobre psicología criminal, mismos que el señor comisario ha requerido que ejercite en esta particular ocasión...

Sorprendió la mirada entre atónita y resentida de Virginia y le costó un pequeño esfuerzo reprimir una sonrisa. Callaza, por su parte, se había pasado la mano por la calva, para luego cruzarse de brazos y quedarse mirándolo con expresión inquisitiva.

*Lo que más me reconforta, se dijo sardónicamente el joven, son esas conmovedoras muestras de confianza en las habilidades de uno...*

—Mucho se ha venido debatiendo acerca de crímenes y criminales —prosiguió—. Hay quien cataloga (sin discriminar en absoluto) a todos los homicidas como monstruos con forma humana; otros, por el contrario, van al extremo opuesto, y los ubican en la categoría de superhombres nietzschianos... Por mi parte, me he atrevido a formular una teoría propia: a mi entender no existe, en realidad, una específica “mentalidad criminal”, sino más bien un *impulso asesino*. Se trata de una fuerza elemental, arraigada en los instintos primigenios de la raza..., ésos que nos gobernaron cuando apenas acabábamos de bajar de las ramas al suelo.

”Esa fuerza rebasa la capacidad de la mente individual. Es una compulsión colectiva, que arrastra a grupos enteros de seres humanos, mediante inextricables conjunciones de circunstancias, lugares y tiempos. Ciertos asesinatos se ponen “de moda” en determinada época; otros, en otra diferente.

No se le escapaba la creciente inquietud del doctor Quintana, ubicado en la mejor silla: parecía como si algún chico travieso sostuviera una cerilla encendida debajo del asiento del Director de Archivos. Mendoza, en tanto, de pie cerca de la puerta, disparaba furtivas miradas a los lados, al par que masticaba su perenne escarbadientes. Juan Carlos juzgó que era el momento de entrar en materia.

—Si les hablé tanto —declaró—, fue con una sola intención. ¡Quiero que el asesino sepa que lo conozco bien!

”Sí —continuó, encarándose con un punto indefinido de la habitación—, *¡a usted mismo me refiero!* Sé lo que está pensando, y sé también que espera que cometa mi primer error, para ver confirmado ese sentimiento de impunidad que lo ha venido mareando desde el principio...

**—¡U** N MOMENTO! —interrumpió Mendoza—. ¿A qué diablos se juega acá? ¡Me dijeron que iban a hacer una reconstrucción de...!

—¡Silencio! —cortó el comisario, como hachazo—. Ya le diré cuándo va a tener que hablar. ¡Ahora escuche al hombre con la boca bien cerrada!

—Gracias, comisario —dijo Juan Carlos—. Es cierto que se hará una reconstrucción de los hechos —continuó—; pero no al estilo tradicional. ¡Para proceder en forma ortodoxa, es obvio que necesitaríamos tener al culpable confeso!

—Dijiste que lo conocías —le recordó Callaza, solemnemente.

—¡Y lo mantengo! Pero eso no implica que sepa su identidad.

—¿Qué demonios...? —rezongó Mendoza—. ¡Si todo esto es alguna especie de chiste, juro que...!

Callaza, rojo como la grana, se volvió a mirarlo, medio levantándose de su silla; el otro, entonces, apretó la boca y desvió los ojos de las congestionadas facciones de su jerarca.

—Dije que *sé cómo piensa* —prosiguió Juan Carlos—; y tengo una razonable idea acerca de sus posibles reacciones. Pero no me atrevería a nombrarlo, sin antes aclarar algunos puntos oscuros en los desgraciados hechos que son de público conocimiento... ¡Es por eso que vamos a escenificar este pequeño drama!

”Serán sus actores, en cuanto resulte posible, quienes hayan protagonizado los hechos en la realidad. No contamos, por desdicha, con el concurso de la infortunada señorita Esmeralda Capurro; pero la señorita Virginia Linares se ha ofrecido gentilmente a suplantarla. —Se dirigió entonces a la joven, que lo miraba rígida y sin sombra de color en las mejillas—. Trajiste la peluca y los cosméticos, ¿verdad? ¡Entonces ya estamos prontos para empezar!

**U**N MURMULLO inquieto serpenteó entre la concurrencia. Juan Carlos, impuesto de su papel de *régisseur* improvisado, se acercó a la psicóloga para impartirle en voz muy baja las instrucciones necesarias.

—Esta señorita representará, en realidad, dos roles —añadió enseguida—: el de Esmeralda Capurro, como se ha dicho, y, desde luego, el de la víctima, Lucy García.

”Yo asumiré el papel del asesino. Sé que podré reproducir sus movimientos y acciones tal como debió de haberlos ejecutado en su oportunidad. ¡Ya dije que lo conozco bien! —Giró repentinamente la cabeza en dirección al doctor Quintana—. A fin de compenetrarnos mejor con la situación escénica, ¿quiere tener la bondad de prestarme su sobretodo?

A nadie le pasó inadvertido el sobresalto del Director ante la inesperada interpelación; pero hizo como se le pedía sin articular palabra.

—¿Por qué vas a usar el abrigo del doctor? —interpuso Callaza, fruncida la frente—. ¿Te parece a vos que el criminal...?

—Extiéndame su voto de confianza, comisario, y suponga, con los demás, que más o menos así iba vestido nuestro asesino. ¡Tengo muy buenas razones para afirmarlo, créame! —Se volvió de nuevo a Quintana—. Puede sentarse, doctor; y gracias por su colaboración.

Acto seguido, y de acuerdo a las directivas de Juan Carlos, Puentes, el sereno, procedió a arreglar la escena como mejor la recordaba. El escritorio lleno de legajos, la silla, la lámpara de mesa como única fuente de iluminación... El joven investigador le hizo un ademán aprobatorio.

—¡Adelante, Virginia! —ordenó de inmediato.

La psicóloga asintió. Con la peluca puesta, se sentó ante el escritorio y comenzó a simular que trabajaba.

—Son las nueve y cuarto —dijo Juan Carlos, en medio del absorto silencio que lo rodeaba—. Finalizada su labor, Esmeralda se dispone a retirarse... ¡Puentes! —llamó.

**—¿S**Í, QUÉ DESEA? —y el velador, con bastante torpeza, se puso de pie.  
—¿No recuerda si a esa hora estuvo delante de la puerta? ¿Dice que pudo haber ido al baño? ¡Bien! De manera que Esmeralda, a su vez, utiliza el pequeño gabinete que hay en el fondo. —Virginia fue al sitio designado, hizo como que cerraba la puerta tras sí y fingió retocarse el maquillaje y arreglarse el cabello ante el espejo. Luego salió y atravesó la habitación.

—Siguió por el pasillo, desierto a esa hora —dijo Juan Carlos—, y salió del edificio sin dificultades, dado que usted, Puentes, aún no había pasado llave a la entrada principal. Mutis de Esmeralda Capurro.

Todos miraban hacia el centro de la pequeña estancia, como si se tratara de un proscenio. De pronto se oyó el girar de una llave en la cerradura de la puerta del fondo, y por allí entró Virginia, ahora sin peluca.

—Han pasado poco más de dos horas —ilustró el detective—. Lucy García, cumpliendo con una cita concertada por ella misma, ingresa al local. Pero, como pueden apreciar, lo hace por una entrada trasera, de la cual posee llave.

”Y es entonces —agregó Juan Carlos— que hace su aparición el asesino.

**I**GNORANDO la ola de rumores que partía del auditorio, Juan Carlos se puso el sobretodo negro de Quintana. Entre tanto, Virginia abrió el cierre de un bolso que trajera con ella, y extraía de él la peluca rubia, diversos afeites y alguna bisutería.

—Lucy —explicó Juan Carlos— procede a arreglarse para su cita. Ella supone que se trata de una instancia fundamental para su futuro, de manera que se propone lucir lo más llamativa posible... Recordemos sus problemas de personalidad.

Virginia se levantó para entrar en el gabinete higiénico. De nuevo omitió cerrar tras sí, con lo cual se pudo apreciar sin dificultad sus movimientos. Primero se aplicó maquillaje de base; luego, con ayuda del “rouge”, coloreó, un tanto excesivamente, sus mejillas. Enseguida pasó a sombrearse los párpados y a colocarse pestañas postizas. Por fin, prendió un par de enormes pendientes a los lóbulos de las orejas y se adornó la garganta con un collar de fantasía.

De haber caído un lápiz, su choque contra el suelo habría provocado una verdadera conmoción en el ambiente. Nadie quitaba ojo del improvisado escenario... y hubo un azorado murmullo cuando la joven, con deliberada lentitud, se quitó un par de lentillas oscuras y dejó al descubierto sus llamativos iris celestes. Tomó enseguida la peluca y la superpuso a su corta cabellera, sujetándola muy bien con horquillas y una cinta rosada.

De repente ocurrió algo extraño. La falsa Lucy, con la peluca ya en su sitio, quedó mirándose alelada al espejo. Se la veía de perfil, pero aun así nadie dejó de percibir el shock que la sobrecogía. ¡Era como si en lo profundo del cristal azogado hubiese descubierto alguna cosa que la llenó de incontrolable ansiedad!

**E**NTONCES, Juan Carlos, enfundado en el abrigo de Quintana, y con sus gafas oscuras velándole las pupilas, avanzó hasta colocarse a la vera del escritorio. Su actitud era del todo casual. Cuando vio que la chica no estaba en la pieza, se volvió hacia el baño —todos comprendieron que la puerta estaba “convencionalmente cerrada”— y se encogió de hombros.

Bruscamente salió ella del gabinete. Al enfrentarse con el intruso, tuvo un instante de vacilación. De pronto comenzó a temblar, una expresión horrorizada le distorsionó los rasgos, y extendió el brazo hacia el hombre, en un ademán acusatorio de su índice estirado y trémulo...

Juan Carlos se arrojó sobre la chica y la sujetó por el cuello. Hubo un forcejeo, y en determinado momento él fingió cortarle la garganta con un cuchillo imaginario.

Sostuvo el peso de la desmadejada muchacha, mientras miraba hacia todas partes, como animal acorralado; luego la depositó en la silla del escritorio. Ella cayó sobre el mueble, como dormida.

El del sobretodo negro “tomó el cuchillo, limpió el mango de huellas dactilares con un trapo y luego, a viva fuerza, lo introdujo entre los yertos dedos de la mano derecha de ella”, con tal perfección en la pantomima que ninguno de los observadores extrañó la presencia real del arma.

Cruzó el aire una exclamación sofocada cuando el “asesino” cubrió con su mano la de ella, a fin de obligar al laxo brazo femenino a “inferir otra herida”. La portátil cayó, derribada por sus movimientos.

Entonces él forcejeó para arrancarle la peluca. Al no conseguirlo, miró en torno, como temeroso de que alguien le sorprendiera en el hecho...

Juan Carlos se despojó del abrigo y encaró a los presentes.

—Así debió ocurrir —afirmó—. Ahora, vamos al momento en que se descubre el cadáver. ¡Puentes!

**E**STE, algo risible en su arrugado suéter de cuello alto y pantalones excesivamente holgados, intentó emular a Juan Carlos en la mímica. Primero hizo como que entraba por la puerta del frente; luego se acercó a la chica inmóvil hasta “distinguir la sangre”, para finalmente demostrar en los hechos lo que depusiera en la declaración a la policía. Se esmeraba, incluso, en conseguir expresiones faciales apropiadas; en determinado momento, sin embargo, se volvió hacia Juan Carlos y le dijo, entre un parpadeo desconcertado:

—Este... Yo tenía una radio portátil. ¡Me olvidé de eso!

El anticlímax sirvió para descargar tensiones. La carcajada general que provocó la salida de Hilario Puentes contenía más de eso que de humorismo. Callaza debió recurrir a su tono más severo para volver las cosas a su cauce.

—¿De qué se ríen? —protestó el velador, con gesto ofendido—. ¿No es una reconstrucción lo que estamos haciendo?

—Está bien, Puentes —le dijo Juan Carlos, afable—. Demos la radio por encendida y tocando, ¿eh? —Se volvió hacia Virginia—. ¡Lucy puede salir de escena ya!

Virginia se incorporó y empezó a caminar hacia el detective. De pronto se oyó un ligero sonido, como el de algún objeto liviano que chocara contra el piso.

—¡Ay! —exclamó la chica—. ¡El collar!

—¿Qué hay con el collar? —indagó Juan Carlos, impaciente.

—Nada grave. —Ella se inclinó a recoger el adorno—. Se había roto y se me resbaló por el escote... —Soltó una risita—. ¡Qué cosa!

—¡Pues es ni más ni menos que lo que ocurrió al cometerse el asesinato!

Juan Carlos había hablado en tono claro y audible. Se volvió con rapidez fulmínea para observar a los asistentes... y logró sorprender el gesto que esperaba, una fracción de segundo antes de que fuese borrado. ¡Y apareció en la cara en que él sabía que iba a aparecer!

**M** NEMOTECNIA, pensó. *Seguí tres cursos intensivos, porque le es muy útil a los detectives, la memoria... ¡Pero también los asesinos dependen de ella! ¡Un pequeño olvido..., uno tan sólo, puede resultarles fatal!*

Parado en el centro de la habitación, el joven investigador volvió a encarar a su audiencia. Sus siguientes palabras, igual que todo cuanto acababa de llevarse a cabo, eran fruto de cuidadosa meditación previa:

—El primer acto del drama ha terminado. ¿Sacan alguna conclusión de lo que han visto? ¡Me gustaría oír sus impresiones!

Se produjo un breve silencio. Luego, la voz despectiva de Mendoza sonó como una matraca en una función de ballet:

—¡Puro teatro! ¿Quién puede estar seguro de que las cosas fueron realmente así?

—Alguien que haya estudiado como es debido las declaraciones de los testigos —replicó el comisario Callaza con acento irritado—, se haya compenetrado en forma apropiada de los informes del patólogo ¡y haya cumplido con su trabajo, en vez de anadar por ahí implicándose en cohechos!

—¿¿Cómo dice?? ¡Sepa que no voy a...!

—¡Basta, Mendoza! ¡Si vuelve a abrir una sola vez más la boca, aunque sea para bostezar, se va a acordar de mí por el resto de sus días! —El comisario se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra—. ¡Por qué le habré consentido que viniera!...

—Está bien, comisario —intervino Juan Carlos—. Yo pedí que expresaran sus ideas, y él acaba de hacerlo... ¿Alguien más?

—La chica parece haber tenido ciertas... actitudes extrañas —dijo Callaza, al ver que nadie más hablaba—. ¿En qué te basaste para atribuírselas?

Juan Carlos sonrió.

—Conté con el debido asesoramiento —respondió—, ¡y por partida triple! Una experta en psicología, por un lado. Número dos: el gran criminalista Dorteros, mi padre... ¡Pero el principal de todos fue el tercero!

—¿Y quién es ese... tercer asesor, si se puede saber?

—El más autorizado —fue la respuesta—. *¡El asesino mismo!*

**E**N EL silencio sepulcral que siguió, los ojuelos de Callaza enviaron una ráfaga de miradas casi contundentes al joven detective, que la soportó sin inmutarse mayormente. Virginia Linares, sentada a un costado, permanecía alerta. Su fina sensibilidad captaba ondas de creciente tensión en las proximidades. ¡El criminal acechaba! ¡Como fiera arrinconada, se agazapaba, colmillos y garras prestos! Si tan sólo ella lograra localizar la procedencia de aquellas amenazantes emisiones...

—¡Nada menos que el *asesino!* —Callaza no pudo ocultar un quiebre sarcástico de su boca—. Y ya que hablamos de ese buen señor, ¿a qué vino esa caracterización tuya, con el sobretodo del doctor Quintana, eh?

Una voz, algo insegura, brotó desde el fondo:

—Creo..., creo que sé por qué hizo eso.

—¿De veras, doctor Quintana? —y Callaza le clavó los ojos.

—Sí. —El hombre transpiraba profusamente. Se enjugó la frente y el cuello y luego explicó—: ¡Me parece que quiere significar que hubo un intento de... personificarme!

—¡Ridículo! —bufó el comisario—. ¿Por qué razón iban a...?

—El mutis del asesino —dijo Juan Carlos—. ¡Esa es una de las razones!

—¿Mutis? —gruñó Callaza.

—Yo lo omití deliberadamente en mi representación —manifestó el detective—. Pero piénsenlo un poco: ¿quién tenía posibilidades de salir sin que el sereno lo advirtiese? ¿Quién poseía la única llave de la puerta trasera?

—¡Ya veo! —exclamó Callaza—. ¡Quintana! Pero entonces...

—¡Falso! —aulló el abogado—. ¡Lucy tenía un duplicado! ¡La mía no era la única llave!

—Exacto. —Juan Carlos hizo una señal de asentimiento—. ¡Así lo hemos mostrado en nuestra pantomima! El asesino bien pudo haberse apoderado de la llave de su víctima para salir... ¿Pero cómo logró entrar, si ella no le permitió hacerlo?

—Podría haber estado escondido desde antes —insinuó Callaza.

—¿El “trabajo del gato”? Es una posibilidad, sí —admitió Juan Carlos—, aunque bastante remota, ¡No olviden que Puentes revisaba todo el local! ¿No es así, Puentes?

—¡Para eso me pagan! —repuso el sereno.

—Dejemos el problema en suspenso por un momento —sugirió el detective privado—, y recordemos el asesinato de Raskowsky. ¿Cómo era la descripción del presunto homicida?

Callaza alzó un dedo.

—Sobretudo oscuro... ¡y lentes negros! Sí, se parece al doctor...

**—¡P**ORQUE quisieron hacerlo parecer así! —protestó de viva voz el implicado—.  
¡Ya lo dijo el joven..., y su padre también!

—¿Dorteros? —Callaza enarcó las cejas—. ¿Cuándo lo dijo?

—Tuvimos una charla..., hace días. ¡Justamente me vino a advertir sobre esa personificación! Somos correligionarios, ¿sabe, comisario? Los dos militamos en filas del partido...

—Como sea —interrumpió Callaza—, yo también me inclino a estar de acuerdo. Es razonable suponer que el asesino, una vez eliminada la teoría del suicidio de Lucy García —que con tan mala fortuna intentó fingir—, haya acudido al recurso de arrojar las sospechas sobre otra persona... No quiero que lo tome a ofensa, doctor Quintana, ¡pero abundan los rumores! Y habiéndose constatado el embarazo de Lucy...

Repentinamente, el doctor Quintana saltó de la silla que ocupaba, haciéndola caer al suelo, con gran estruendo, y se lanzó como enajenado hacia la puerta.

—¡Me tendieron una trampa! ¡Quieren culparme! —vociferó—. ¡Pero no voy a dejar que me...!

Su voz murió al toparse con un trío de uniformados que custodiaban la salida. Dos de ellos lo sujetaron con firmeza por los brazos y lo devolvieron a su asiento. Había perdido las gafas, y la mirada de su único ojo era febril.

—¡Espósenlo! —ordenó Callaza, furioso.

—No es necesario. El no... —trató de inmiscuirse Juan Carlos; pero antes de que pudiera abogar, el propio Quintana labró su ruina.

—¡Fue un accidente lo de Esmeralda! —clamó—. ¡Tienen que creerme!

—¿Accidente? —preguntó con vivacidad Callaza—. ¿Peleaban cuando ella cayó por la ventana?

—¡Eso mismo! ¡Eso mismo!

—¡Bueno! —Callaza abrió los brazos, con las palmas hacia arriba—. ¡Al menos tengo algo sobre una de las muertes! Gracias por confesar, doctor.

**Q**UINTANA alteró sus rasgos en expresión despavorida.  
—¿Confesar? —gimió—. ¿No lo... sabía, entonces?

Juan Carlos se le acercó para ponerle una mano sobre el hombro.

—No lo supo hasta que usted no se lo informó —dijo, con suavidad—. Debió tenerme más confianza. ¡Jamás violaría el secreto profesional!

—¿Qué diantres pasa aquí? —bramó el comisario—. ¿Acaso ya estabas enterado..., y no te molestaste en decírmelo? ¡Pero habráse visto...!

—Entienda, comisario... ¡Me debo al código de mi profesión!

—¡Código! —profirió Callaza—. ¿Y por qué mil demonios lo hiciste participar en este... drama raro, sabiendo lo que había hecho, eh?

—Tenía mis razones —repuso Juan Carlos. Y, de pronto, elevando la voz—: *¿No se imagina cuáles son, señor asesino? ¡Estoy seguro de que sí!*

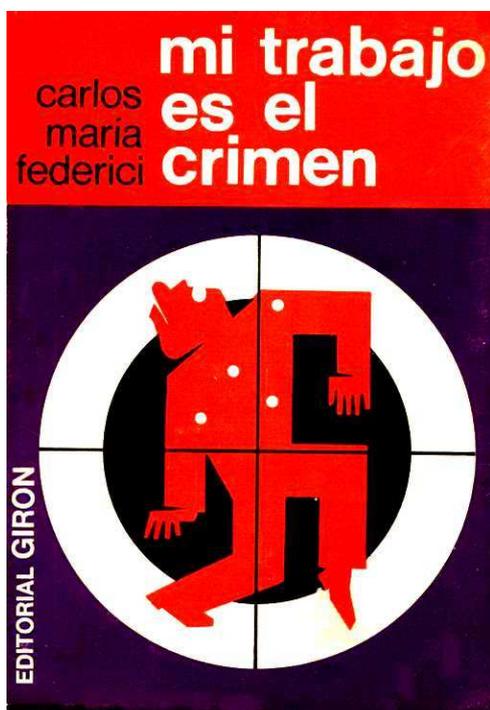
**© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici**

## Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



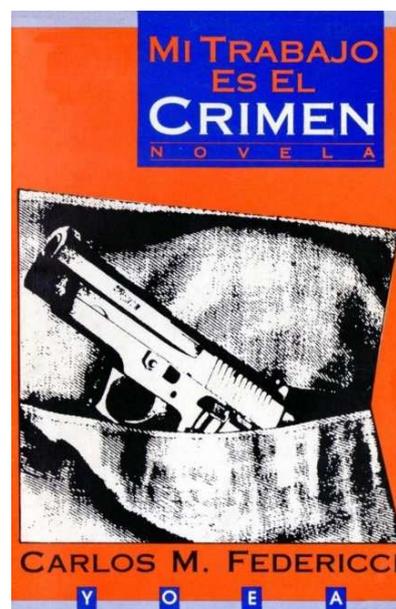
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

**La orilla roja, 1972**

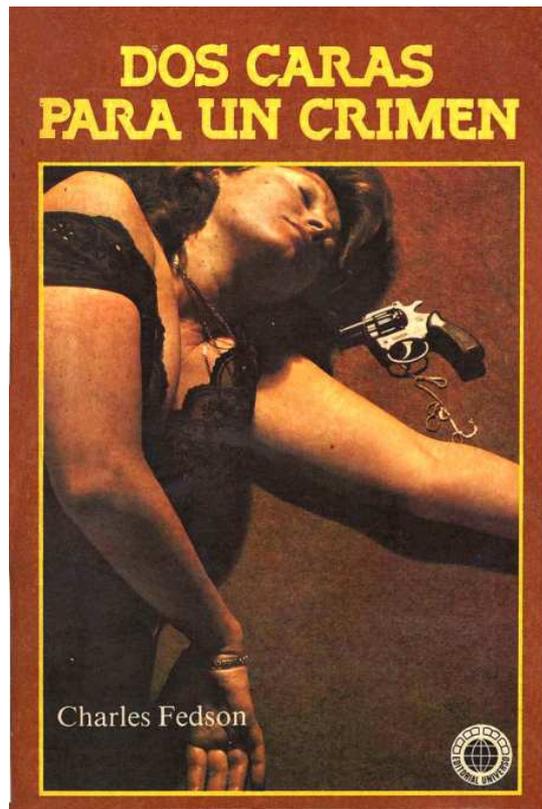


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

**Mi trabajo es el crimen, 1974**



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...



Dos caras para un crimen, 1982

Carlos María Federici, nacido en Montevideo y conocido a nivel mundial por sus cuentos y relatos (policiales y de ciencia ficción). Comenzó su carrera literaria en el año 1961, publicando para la revista "Mundo Uruguayo". En 1968 la revista española "Nueva Dimensión" publica su primer cuento y es corresponsal de la misma desde el año 1973. Trabajó para diversas revistas de Bélgica, Suecia, Argentina y México.

Entre sus libros editados se encuentran:  
*La ovilla roja* (Argentina 1972). Posteriormente adaptada para *El Diario*.  
*Mi trabajo es el crimen* (Montevideo 1974)  
*Los caras para un crimen* (México 1982)  
**GODDEUS, los Ejecutivos de Dios,** excelente novela premiada en el certamen literario municipal bienio 1972-73. Fantasía estilo "best-sellers", ambientada en el Vaticano.  
 El protagonista es un latinoamericano que se ve envuelto en una campaña publicitaria en pleno período de cambios, que convulsionarían a la Iglesia en los años 60.

NOVELA  
 YOE LA

**G O D D E U \$**  
 (Los Ejecutivos de Dios)  
 Carlos A. Federici

Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989

## ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos **policiacos**, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

**Panorama de su obra en:**

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

[cmfederici@hotmail.com](mailto:cmfederici@hotmail.com)